

TERCER SUBSIDIO
ITINERARIO de CONVERSIÓN
PERSONAL y COMUNITARIA
2015 - 2018



Vicariato San Alonso de Orozco
Orden de San Agustín

“NO ΤΕ ΔΕΤΕΝΓΑΣ, ΈΛ ΤΕ ΕΛΙΓΙΌ ΠΑΡΑ ΜΆΣ”

INTRODUCCIÓN

A lo largo de este año ya hemos presentado dos subsidios, el primero, más bien introductorio, nos proponíamos releer en nuestra vida y en nuestro contexto el artículo del Papa Benedicto XVI que habla de las tres conversiones de Agustín y la homilía del Papa Francisco, en el capítulo general 2013, acerca de las tres inquietudes de Agustín. En el mismo subsidio encontramos el texto del Fr. José Guillermo Medina acerca de la conversión del corazón. En el segundo Subsidio del mes de Agosto profundizamos en los objetivos y en el fundamento bíblico de nuestro itinerario.

En el retiro anual del mes de Abril con el discernimiento de espíritu, Marcos Alemán SJ. nos animó a profundizar el espíritu agustiniano de la interioridad como punto clave para la conversión.

En los días de la formación permanente Daniel Lazcano, de los Operarios Diocesanos, nos acompañó tratando temas de madurez personal comunitario y sus implicancias en nuestros servicios pastorales.

En esta tercera ficha deseamos hacer en primer lugar una reflexión breve acerca del camino recorrido, por lo que deseamos que cada comunidad pueda repasar y hacer memoria de lo tratado hasta el presente y pueda organizar el material recibido. En la medida de lo posible intentar responder en comunidad a las siguientes preguntas /o guías.

1. Organización del material, distinguiendo que subsidios pertenecen al área de formación y vida religiosa y que subsidios al área de pastoral.

2. Repasar en comunidad los aportes del retiro anual y la formación permanente del mes de setiembre, anotar lo más relevante.

3. Dialogar acerca del material recibido, cuál es la valoración general.

En esta tercera ficha presentamos un artículo acerca del tema de la madurez personal, abordado desde la obra agustiniana: "AGUSTÍN, SOBRE LA INTERIORIDAD Y LA VIRGINIDAD, de Thomas F. Martin OSA.

El resumen que presentamos de este artículo, nos aporta una lectura muy particular que nos da una herramienta que nos ayuda a pensar temas de madurez afectiva y humana desde nuestro ser agustiniano. Cristo modelo de humanidad y plenitud.

Al final encontraremos unas preguntas que nos van a ayudar a fijar algunas ideas importantes.

RESUMEN

"AGUSTÍN, SOBRE LA INTERIORIDAD Y LA VIRGINIDAD"

THOMAS F. MARTIN, O.S.A.

"Dame un corazón que ame y sentirá lo que digo" (Tratados sobre el Evangelio de San Juan, 26,4).

¿Puede enseñarnos un hombre de la antigüedad algo acerca del sexo y el deseo? Actualmente, en muchos círculos, incluso en la Iglesia, esta pregunta tendrá seguramente como respuesta un rotundo y espontáneo ¡No! El "no" puede. Hablar acerca de "Agustín, sobre la interioridad y la virginidad" debe obligarnos, de alguna forma, a hablar acerca de "Agustín, sobre el sexo y el deseo", y puedo asegurarles que a él le encantaría suscitar la controversia que la sola mención del "sexo y el deseo" parecen encender siempre en el mundo de hoy. Y para ser sincero, ¡el "NO" puede que tenga una base sólida! Es fácil identificar la brecha que separa al significado de estas palabras con nuestro mundo y el de Agustín. Después de todo, los estudiosos coincidirían en afirmar que el mundo antiguo era patriarcal, una sociedad y una cultura donde las mujeres eran consideradas, casi automáticamente, como subordinadas e inferiores. No se me ocurre otro ejemplo mejor que algunas palabras de Ambrosio:

"Cada hombre es perseguido o alguna mujer u otra en proporción; como mis méritos están muy lejos, las pruebas son más pesadas" (Carta 76,18; véase W.H.C. Frend, The Rise of Christianity, 622).

Existe, pues, no sólo la cuestión de la propia experiencia de Agustín de una relación de larga duración con la desconocida mujer de las *Confesiones* (véase *Confesiones*. 4, 2,2; 6, 15,25), de cuya unión nació un hijo, sino también la reacción consiguiente cuando fue enviada de vuelta a África desde Milán:

“Cuando apartaron de mi lado, como impedimento para el matrimonio, a aquella mujer con quien solía compartir mi lecho, el corazón, rasgado por el punto en que estaba adherido a ella, quedó llagado y manando sangre. Ella se marchó a África, tras hacer la promesa de no conocer a otro hombre y dejando en mi compañía al hijo natural que yo había tenido de ella. Y yo, desventurado, incapaz de imitar a una mujer sin poder soportar la espera de los dos años que me restaban para casarme con la joven que había pedido, y porque no era un enamorado del matrimonio; sino un esclavo de la pasión, me busqué otra mujer” (*Confesiones* 6,15,25).

Los escépticos sobre lo que quiso decirnos Agustín en tomo al “sexo y al deseo” se basan, sobre todo, en su conocida aceptación de los maniqueos, que odiaban el cuerpo, sostenida por la cultura filosófica marcada por lo que muchos consideran un platonismo que huye del cuerpo y un estoicismo que reprime el cuerpo, aunque comprender así estas escuelas filosóficas tan complejas, será, cuanto menos, superficial y simplista. Otro bloque importante es lo que todo el mundo antiguo entendía sobre el cuerpo en general y de la sexualidad humana en particular. En un mundo sin la capacidad de ver que ofrece un microscopio, los juicios sobre el cuerpo se limitaban a lo que el ojo humano veía y lo que uno podía concluir lógicamente de la observación de los fenómenos físicos. El cuerpo era analizado por categorías tales como “caliente y frío”, “húmedo y ligero”, etc. (Cf. *Sermón* 341). ¡Ningún hombre de la antigüedad vio nunca una célula! Qué lejos puede llevarnos la observación lógica cuando se trata de cuestiones relativas al cuerpo y la sexualidad.

UNA CUESTIÓN DE VOCABULARIO

Entre las muchas cosas que sabemos de Agustín por él mismo en las *Confesiones*, es que, antes de su conversión, no era ni virgen ni se preocupaba en absoluto de su interioridad. Vivió con una mujer durante muchos años y de esa relación nació su hijo Adeodato. Con un porvenir claro como retórico y con posibilidades de enriquecerse, vivía completamente atrapado en un

mundo de exterioridad, un esclavo de la apariencia y la opinión pública. Pese a que Agustín, junto con sus "compañeros patristicos", tenía en alta estima la virginidad, sabía perfectamente que no podría nunca reclamarla para sí en lo más mínimo, ni tampoco podían hacerlo sus compañeros cristianos. Aunque Agustín siempre hablaba de la virginidad como de la llamada más elevada, la gran mayoría de su congregación en *Hippo Regius* eran hombres casados. Esta es la razón por la que no sólo subrayará la importancia de la virginidad (*virginitas*) sino también, y podríamos decir que para responder a la mayoría de sus fieles, subrayará nociones como la *virginitas cordis, continentia, castitas, mundi cordis* (algo a lo que todos estamos llamados). Hemos de observar un marco más amplio si queremos reconocer correctamente lo que Agustín cree que implica la noción de virginidad. Lo mismo es verdad para la cuestión de la interioridad (Agustín nunca utilizó la palabra "*interioritas*" que aparece, por vez primera, en los textos latinos medievales). Para abordar esta cuestión debemos pensar en términos tales como *cor, homo interior, imago Dei* y en un grupo de expresiones que Agustín utiliza para explorar lo que, sucintamente, podríamos expresar con el término *interioridad*. A lo largo de esta charla, cuando hablo de virginidad, será necesario prestar atención a esta amplia gama de términos.

EL CRISTO DE NUESTRA INTERIORIDAD, EL CRISTO DE NUESTRA VIRGINIDAD

"Ciertamente, es en Cristo en quien debemos ver excelente Maestro y ejemplar de la integridad virginal" (La santa virginidad 35,35)".

Todo lo que Agustín tiene que decir sobre la interioridad y la virginidad, insisto, forma parte, sencillamente, de la atención fundamental y fundacional que se le da a nuestra relación con Cristo, a quién es Cristo para nosotros, y quiénes se supone que somos para Cristo. Cuando Agustín habla sobre la interioridad y la virginidad, en realidad le está poniendo voz a una experiencia y un concepto de Jesucristo, El texto que canalizó la gracia de la conversión para Agustín fue *Romanos 13,13: "Revestíos del Señor Jesús"* Este es el texto que hizo regresar a Agustín, finalmente, a su propio corazón; este es el texto que movió a Agustín a desear que su corazón fuese, en primer lugar, una morada adecuada para Cristo. Lo que Agustín tiene que decir sobre la

interioridad y la virginidad es una expresión de este retomo y ese deseo. Refleja que entiende el tipo de seres humanos que Dios nos llama a ser, el tipo de relación al que estamos invitados a entrar con Dios, y el tipo de amor, plenitud y alegría que esperamos encontrar en Dios. No entenderemos nada de lo que Agustín dice sobre la interioridad y la virginidad, si no conseguimos encontrar en ello una llamada a volver a Cristo y a vivir en Cristo. En esta charla quiero explorar algunos aspectos del Cristo de nuestra interioridad y del Cristo de nuestra virginidad.

Puede que les sorprenda cómo Agustín se refirió a la sexualidad de Jesús. Fue arrastrado a un debate acalorado y se le hicieron complejas preguntas sobre la humanidad de Jesús durante sus polémicas discusiones con Julián de Eclana, siempre en relación con la influencia del pecado original de Adán y Eva y sobre el cuerpo humano. Así, podemos oírle decir en su último escrito, su *Contra Iulianum Opus Imperfectum*:

"Cuanto por los sentidos del cuerpo se puede sentir o percibir, lo percibió y sintió él (Cristo); y, si lo hubiera querido, no le faltaría el vigor de engendrar; sin embargo, su carne nunca codició contra el espíritu". (Réplica a Juliano. Obra inacabada 4,49).

Julián y Agustín están en total desacuerdo sobre nuestra experiencia presente de la sexualidad. Para Agustín, una clara indicación de la perniciosa cicatriz de aquel primer pecado en nuestra naturaleza humana es la naturaleza involuntaria de la excitación sexual. Este "hecho externo" era, para Agustín, un signo de un trastorno interno o interior. Ya no somos capaces de controlar nuestros deseos y nuestro cuerpo no se somete ya a la razón. El enfoque de Agustín es profundamente paulino, y se basa en la afirmación del Apóstol cuando dice que el espíritu lucha contra la carne y viceversa (Cf. *Gálatas* 5,17, un texto fundamental para Agustín). Se remite con insistencia a los versículos finales del capítulo séptimo de la Epístola a los Romanos donde Pablo, según la lectura de Agustín, habla de nuestro "cuerpo que [nos] lleva a la muerte: *corpus mortis huius*" (7,24). Aunque no se trate de una interpretación, muchos estudiosos modernos de Pablo lo suscribirían, Agustín vio en "este cuerpo que me lleva a la muerte" una declaración sobre nuestra experiencia presente del cuerpo devastado por los debilitadores efectos de aquel primer pecado. Teológicamente podría pensar en su antítesis: "el cuerpo que lleva a la vida" (*corpus vitae illius*),

la experiencia del cuerpo antes del pecado de Adán y Eva, lo que será nuestra experiencia de la resurrección de nuestro cuerpo. La unicidad del cuerpo de Jesús es que Agustín, sencillamente, afirma la fe de la iglesia primitiva:

"Nació del Espíritu y de la Virgen, no por concupiscencia de la carne". (Réplica a Juliano Obra inacabada 4, 57).

Esto tenía para Agustín, implicaciones para la humanidad de Cristo:

"Cristo, cumplidor perfecto de la ley, nada ilícito codició, pues no conoció, discordia alguna entre la carne y el espíritu; discordia que viene a la naturaleza humana de la prevaricación del primer hombre..." (Réplica a Juliano. Obra inacabada 4,57)

La relación entre el espíritu, la mente y el cuerpo, era de perfecta armonía y concordia para Jesús de Nazaret, poseía una humanidad sin esa discordancia interna, sin conflictos externos. La voluntad, el deseo y el movimiento del cuerpo estaban completos y perfectamente en unidad en Cristo:

"Por consiguiente, aquel varón perfecto no nació de la concupiscencia, que indiferentemente codicia el bien y el mal, sino del Espíritu santo y de la virgen María; todo lo que apeteció era lícito; y lo que no era lícito, ni lo deseó. Nacido en la carne por obra del Espíritu Santo, no podía experimentar lucha alguna entre la carne y el espíritu" (Réplica a Juliano. Obra inacabada 4,58).

El "debate" (de hecho un debate elaborado) se convierte en mucho más sensible - y no debemos entrar en discusiones más abiertas sobre la experiencia de Jesús acerca de su sexualidad que, en cierta medida, nos sorprenderán por la biología arcaica que estaba en juego en aquel momento -, pero lo importante para nosotros es que Agustín ve a Cristo como un "modelo" para nosotros, una humanidad perfecta basada en el paradigma de la concordia, manifestada en la "integridad" - la "rectitud" - la "buena salud" - y una de sus improntas fundamentales es una auténtica sexualidad.

Cristo vino para restaurar la integridad de esta naturaleza (*re-dintegrare*), a corregirla (*corrigerere*), y a sanarla (*sanare*), porque él tenía la integridad sin ningún tipo de corrupción (*integer sine*

ulla corruptione), la rectitud sin ningún tipo de depravación (*rectus sine ulla pravitate*), la buena salud sin ningún tipo de deseo por el pecado (*salvus sine ulla cupiditate peccati*) (*Réplica a Juliano. Obra inacabada 4,59*)

Observen la importancia que Agustín le da a valores como *integer*, *rectus*, *salvus*. Cristo es un modelo para nosotros de "hombre perfecto" (4,58), una perfección que se manifiesta en la concordia, la armonía, pero lo que, quizás, es más importante, nos brinda la posibilidad de compartir esa perfección el trabajo de curación de la gracia. Para Agustín, probablemente no hay signo más evidente de "desintegración", "desorden" y "enfermedad" que la experiencia de confusión y lucha sexual (aunque cabe señalar que ese "evidente" no significa "el más grave". La *Superbia*, un pecado "de la carne" pero no "del cuerpo", es, con mucho, el pecado más grave y la raíz de todos los demás. La virginidad de Cristo, el hecho de que decidiese él mismo una vida célibe (4,54), ejemplifica para Agustín la humanidad por la que todos luchamos arduamente, un sentido del yo marcado para la perfecta sincronía entre lo interior y lo exterior, entre la mente y el cuerpo, entre la voluntad y el deseo, entre el espíritu y la carne. Debemos reconocer sinceramente que no todos aceptarán la antropología teológica que Agustín concibe, pero lo que no podemos negar (y seguir llamándonos cristianos) es el modelo de humanidad del que Jesús es modelo ejemplar y al que estamos llamados como seres humanos. Las investigaciones de Agustín sobre la sexualidad de Cristo son un intento de afirmar ese principio. "Cristo es la medida de nuestra humanidad", no es solamente una propuesta teórica para Agustín, sino un compromiso concreto a someter nuestra experiencia presente de nuestra humanidad rota al magisterio de Cristo. Cómo nuestro maestro, y de hecho maestro interior, nos enseña lo que significa ser nosotros de verdad. Y el hecho de que Jesús decidiera vivir la *vita virginalis* (sin condenar, sin embargo, el matrimonio (Cf. *Réplica a Juliano. Obra inacabada 4,58*). Agustín considera que tiene implicaciones para la forma en la que nosotros debemos considerar nuestra propia humanidad. Para Agustín, el Cristo de la virginidad es el lugar hacia dónde deberíamos dirigir nuestra mirada.

Existe otra dimensión muy rica del concepto de Agustín sobre la virginidad de Cristo que llega a lo más profundo del corazón humano. Implica la relación de intimidad y amor que es posible

entre nosotros y Cristo. Agustín encontró un ejemplo clarísimo de esta intimidad y amor en Juan el apóstol y evangelista (¡la crítica bíblica contemporánea tendría dificultades con esto!)

"Hay, además, otros intérpretes de las Sagradas Escrituras, y ciertamente de mucho peso, que dicen que el apóstol San Juan fue más amado del Señor por ser castísimo desde su niñez y no estar ligado con los lazos del matrimonio" (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 124,7)

Comprenderán que Agustín establece un vínculo directo entre la virginidad de Juan (*castissimus vixerit*) y el hecho de que era el *plus amatum*. Esto encuentra su manifestación más expresiva para Agustín en el relato que Juan hace de la Última Cena en la que éste reposa la cabeza en el pecho de Jesús: *super pectus Domini*. Hay casi un elemento trasgresor y provocador en el retrato que hace Agustín de esta intimidad. Habla de una especie de erotismo espiritual cuando dice que Juan se nutría del pecho de Jesús y, como un bebé, eructaba en él; eructaba el Evangelio que había bebido del propio pecho de Jesús. Para Agustín, la pasión mística que impregna el evangelio de Juan es el resultado directo de una intimidad apasionada místicamente entre el corazón de Juan y el corazón de Jesús. Si muchos estudiosos sugieren que hasta la Edad Media no se desarrolló una cristología más afectiva, es que no han hecho los deberes. Agustín propone una relación de profunda intimidad, amor y devoción entre el cristiano y Cristo. Y esto no conduce a una retirada o escapismo: Agustín concebía que el ministerio de Juan como evangelista provenía directamente de esa experiencia de intimidad llena de fe. Para nosotros, lo que subraya este retrato del Discípulo Amado es la clara unión que establece Agustín entre la vida virginal y la intimidad con Cristo.

Vemos la misma intimidad de la que habla Agustín en su presentación de la relación entre las vírgenes y Cristo en su obra sobre la virginidad, donde dirige la mirada de la virgen a la visión contemplativa de Cristo, su Salvador:

"Si, pues, habéis rechazado el matrimonio de los hijos de los hombres, en el cual engendrarais hijos de hombres, amad con todo el corazón al más hermosos de los hijos de los hombres. Tenéis libre el corazón y desligado de los vínculos conyugales. Mirad la belleza de vuestro amante, contempladle igual al Padre

y sumiso a la voluntad de la madre; imperando en los cielos y viniendo a servir en la tierra; creando todas las cosas y siendo creado entre todas. Lo que los soberbios rieron de ilusorio, mirad qué bello oh; con la luz interna de vuestra alma mirad las heridas del crucificado, las cicatrices del resucitado, la sangre del que muere, el precio de su fe y el importe de nuestro rescate” (La santa virginidad 54,55).

La naturaleza paradójica de esta mirada del amante debe ser impactante, aunque espero que también les impresione la profunda vinculación que hace Agustín entre la virginidad y la interioridad. Mirar “con los ojos de la mente al amante herido” es ejercer una mirada interior donde la ruptura física del amado es una ventana que se abre hacia otro tipo de belleza.

“Si, pues, profesaríais un gran amor a vuestro esposo, ¿cuánto más deberéis amar a aquel por quien habéis renunciado al esposo? Que se grabe profundamente en vuestro corazón quien por vosotras se ha clavado en una cruz. Que Él posea enteramente en vuestra alma el lugar que no habéis querido ceder a otro esposo. No os es lícito amar tibiamente, a aquel por quien habéis renunciado a amar hasta lo que es lícito. Amando de esta suerte al que es manso y humilde de corazón, no temo ya en vosotras ninguna clase de soberbia” (La santa virginidad 55,56).

No se trata de una virginidad apartada o separada: Atad a Cristo con fuerzas a cada rincón de vuestro corazón. Notarán también aquí la convergencia entre virginidad e interioridad: lo que está en juego es una cuestión del corazón.

Hay otra dimensión que es fundamental en el concepto agustiniano de la identidad y la misión de Cristo, al que ya hemos aludido, y que profundiza aún más la recia y evocadora relación que establece Agustín entre la carne virginal de Cristo y el proyecto de curación de la interioridad humana.

“Cristo vino a devolverle esta integridad, rectitud y perfección, quedando él exento de toda corrupción, de toda tendencia al mal, de todo deseo de pecado” (Réplica a Juliano. Obra inacabada 4,59).

Para realizar esta devolución, corrección y curación. Cristo vino como médico, el título *Christus medicus* es para Agustín uno de

sus estudios más originales y distintivos de la relación entre Cristo y una humanidad herida que necesita la divina medicina.

"Tomó carne de la virgen, sin haber sentido la concupiscencia del hombre; la carne que asumió no era una herida, sino la medicina para las heridas" (Sermón 348 [Dolbeau 30],2)

La "carne no herida" de Cristo, no herida porque no tenía el pecado original, posibilitó que la carne de Cristo sea verdaderamente salvífica. Y es precisamente por la unión del Verbo y la carne que la misión de curación de Jesucristo adquiere una eficacia divina. Simón Pedro era uno de los ejemplos preferidos de Agustín del clásico "corazón paciente" tratado por Cristo, creía que conocía su propio corazón:

"Te acompañaré hasta la muerte. Pero el Señor, que le conocía, le predijo cuándo había de negarle, haciéndole saber su flaqueza, como si le hubiera tomado el pulso de su corazón. Por tanto, Pedro, que presumió de sí mismo antes de la tentación, en la tentación se conoció" (Comentarios a los Salmos 36,1,1).

"Te acompañaré hasta la muerte. Pero el Señor, que le conocía, le predijo cuándo había de negarle, haciéndole saber su flaqueza, como si le hubiera tomado el pulso de su corazón. Por tanto, Pedro, que presumió de sí mismo antes de la tentación, en la tentación se conoció" (Comentarios a los Salmos 36,1,1).

"Pedro, ¿me amas? ¿Qué significa "Me amas?" ¿Eres casto? ¿No es adúltero tu corazón? ¿No buscas en la Iglesia tus conveniencias, sino las mías? Si eres así, apacienta mis ovejas. No serás mercenario, sino pastor" (Sermón 137,10).

Siguiendo la tradición de los Profetas, Agustín replantea esta cuestión de la fe amorosa en término de castidad: *¡cor adulterum!*

"¡Ay de los que son de corazón doble, y dividen su corazón en dos partes: una para Dios y otra para el diablo!" (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 7.7).

Lo opuesto es el sencillo de corazón (cor simplex), el corazón indiviso, el corazón limpio porque está sustentado en Dios y no en sí mismo:

"De esta manera es puro y simple o sencillo el corazón para ver a Dios. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios" (Mt. 5.8). (El Sermón de la Montaña II, 22,76).

La doblez de corazón de Pedro se puede considerar una especie de *fornicatio cordis* (Cf. *Sermón 213,8*), de hecho se apartó de Cristo, aunque Cristo no se apartó de Pedro. Una curación drástica exige una terapia con crudeza, como dijo Agustín en una ocasión.

Mientras Pedro buscaba alabar a Dios con sus palabras, no era Satanás sino Pedro, como una roca; pero cuando hablaba por sí mismo, desde su enfermedad humana (*a se, et ex humana infirmitate*) y su amor carnal (*amare hominis carnali*), se dirigía a él como a Satanás, porque su actitud hubiera sido un obstáculo para su propia salud y salvación y la de todos los demás (*quod impedimento esset saluti ipsius et ceterorum*) [la palabra "*salutis*" significa las dos cosas]. (*Comentarios a los Salmos 55,15*).

Se puede ver la mano segura y firme del *Christus Medicus* operando, una mano que conoce exactamente lo que el paciente necesita. La aparente dureza de las palabras - Agustín comenta, a menudo, la necesaria dureza del tratamiento, dolor *medicinalis*, por ejemplo *Comentarios a los Salmos 57,20*, era una especie de terapia de choque: para despertar la fe aletargada de Pedro. Y uno puede decir que es precisamente la integridad de la carne de Cristo lo que garantiza la integridad de la curación operada por Cristo:

"Y ¿qué pureza era capaz de purificar al hombre de sus inmundicias, sino la carne inmune de todo contagio de concupiscencia carnal, nacida en el seno y del seno de una Virgen?" (La Trinidad 4,14,19).

La "*perfecta carne*" de Cristo es el agente de nuestra restauración:

"Él vino por la Virgen, tomando la carne, mas no la iniquidad de la carne; tomando la carne pura que purifica" (Comentarios a los Salmos 142,8)

Esta curación puede transformar un corazón dividido en un corazón unificado, *cor simplex*:

"Porque corazón limpio es lo mismo que corazón sencillo" (El Sermón de la Montaña 1,8).

Esta curación, ejemplificada por Simón Pedro, restaura en nosotros la relación de intimidad, para Simón Pedro una verdadera "resurrección"

"...cuando Cristo murió en su pasión, Pedro lo hizo por su negación. Cristo, el Señor que resucitó de la muerte; con su resurrección resucitó a Pedro" (Sermón 129,1).

Virginitas, munditia, integritas, caritas: para Agustín están completamente interconectadas. Estas cualidades describen perfectamente a Jesucristo; manifiestan lo que opera en nosotros su obra de salvación; se convierten, así, en valores, cualidades, y podemos incluso decir tareas para los llamados a ser discípulos de Cristo, para que el espíritu de Cristo se manifieste cada vez más en nosotros.

Esto explica también por qué, en el momento de su conversión en el jardín, su *"revestirse de Jesucristo el Señor"* significa también para él una vida marcada por la interioridad, y puesto que la virginidad corporal ya no era posible, por la continencia de la castidad.

"De repente oigo una voz procedente de la casa vecina, una voz no sé si de un niño o de una niña, que decía cantando y repitiendo a modo de estribillo: ¡Toma y lee! ¡Toma y lee! En ese momento, con el semblante alterado, comencé a reflexionar atentamente si acostumbraban los niños en algún tipo de juegos a cantar ese sonsonete, pero no recordaba haberlo oído nunca. Conteniendo, pues, la fuerza de la lágrimas, me incorporé, interpretando que el mandato que me venía de Dios no era otro que abrir el códice y leer el primer capítulo con que topase. ...Así pues, me apresuré a acudir al sitio donde se encontraba sentado Alipio. Allí había dejado el códice del Apóstol cuando de allí me levanté. Lo cogí, lo abrí y en silencio leí el primer capítulo que me vino a los ojos: .Nada de comilonas ni borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos, más bien, del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias (Romanos 13, 13s.). No quise leer más ni era preciso. Al punto, nada más acabar la lectura de este pasaje, sentí como si una luz de seguridad se

hubiera derramado en mi corazón, ahuyentando todas las tinieblas de mi duda" (Confesiones 8,12,29).

Lo que fue experimentado y sentido profundamente, aunque quizás no entendido, lo que significaba "revestirse de Jesucristo el Señor", iba a estar siempre actualizado en la posterior experiencia de Agustín con la misma importancia, su entendimiento cada vez mayor del *mysterium Christi*. Esa luz que barrió la oscuridad le condujo no sólo al bautismo sino que lo colocó en un nuevo camino de vida.

"Me convertiste a ti de tal modo, que ya no me preocupaba de buscar esposa ni me retenía esperanza alguna de este mundo. Por fin, ya estaba situado en aquella regla de fe en que, hacía tantos años, le había revelado que yo estaría. Cambiaste su luto en gozo (Salmo 29, 12), en un gozo mucho más pleno de lo que ella había deseado, en un gozo mucho más íntimo y casto que el que ella esperaba de los nietos de mi carne" (Confesiones 8,12,30)

La nueva casta alegría que encontró Monica, se hace eco en la nueva casta alegría que abrazó Agustín. Ni Agustín ni Monica pueden reclamar para sí el título de virgen, Monica como fiel esposa y madre, Agustín como lo que el derecho consuetudinario llama esposo y padre, y ¡peor! Pero ahora podían compartir ambos la casta fe:

"Pocos poseen la virginidad de la carne; la del corazón deben poseerla todos. La Virginidad de la carne consiste en la pureza del cuerpo; la virginidad del corazón en la corruptibilidad de la fe" (Comentarios a los Salmos 47,10).

Juntos podían compartir la continencia cristiana, Monica como viuda cristanina, Agustín como *servus Dei* cristiano. Y la elección de Agustín se debe ver como una consecuencia directa de su "revestirse de Cristo", entendido como imitación (Cf. *Confesiones 13, 21,31*), como una invitación a la intimidad, como una curación permanente. No podemos aislar de esta respuesta de Agustín a su "hermano del alma" -Alipio- y en su querido amigo Nebridio. A finales de 380 no fue solamente Agustín el que vio la llamada a revestirse de Cristo como una llamada a lo que hoy llamaríamos el voto de castidad. Su experiencia de revestirse de Cristo no fue "solitaria" (recuerden que Alipio estaba a su lado

en el jardín de Milán), y la forma de su respuesta, pese a estar marcada profundamente por la personalidad única de Agustín, por sus dones y experiencia, adquirió una forma comunitaria y eclesial.

Así, hemos de recordar que la aceptación del celibato de Agustín fue por el reino, y las enseñanzas sobre la interioridad y la virginidad que surgieron de esa aceptación se refieren siempre a la experiencia compartida de la presencia de Cristo que es el reino. En el *Sermón 67* Agustín afirma, osadamente, que Cristo es el reino de Dios. Incluso el descanso de Juan en el pecho de Jesús como lo cuentan los Evangelios, tuvo lugar "en comunidad" Una de las contribuciones únicas que hizo Agustín al desarrollo de la cristología, es su noción de *Christus Totus*, del Cristo total. Es una expresión de una apertura del corazón que, como ha expresado tan bien Tarcisius van Bavel, hace un espacio en el propio corazón para cada uno, y especialmente para los pobres. *Christus Totus* es la culminación de todo lo que Agustín tenía que decir sobre el Cristo de nuestra interioridad y virginidad.

De esta forma, lo que movía a Agustín, y espero haberlo dejado claro en algún sentido, es la elección subyacente que no estaba, si analizamos profundamente, guiada por las preocupaciones sexuales. Por el contrario, podríamos decir que estaba guiada por una intención cristológica. Lo que guía a Agustín no es ni un platonismo que huye del cuerpo, ni un "puritanismo" que aborrece el cuerpo. No. Es un deseo de Dios que lo abarca todo y lo consume todo, un deseo cumplido mediante la gracia de Cristo, un deseo que transforma el corazón humano en morada para Cristo.

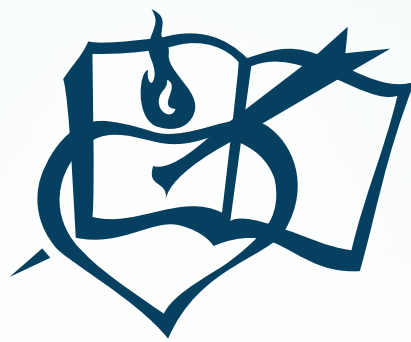
La "virginidad" y la "interioridad" son las palabras clave que usa Agustín para expresar la naturaleza de esa transformación. Por el momento me gustaría concluir con unos comentarios o preguntas que espero puedan abrir el debate y el diálogo más adelante.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO:

1. La propia vocación de Agustín fue guiada por una experiencia de Cristo. Se sorprendería mucho que hablásemos sólo de él y no de Cristo. Esa experiencia se expresa en el énfasis que da al *Christus Medicus*, al hecho de que Juan reposó la cabeza "super pectus domini". Nuestra vida agustiniana ¿está centrada en Cristo? ¿Cuáles son las características cristológicas de nuestra vida agustiniana?
2. ¿Qué aspecto específico de la cristología agustiniana ilumina: nuestra vida, nuestro ministerio y nuestro servicio pastoral?
3. ¿Qué importancia ha tenido en nuestra historia personal y comunitaria el aspecto de la Interioridad en nuestra espiritualidad? Si es posible señalar algunos aportes.

Para una reflexión personal:

1. ¿Qué significa revestirse de Jesucristo? Cf. *Rom 13,13*, en mi contexto actual.
2. Cristo como médico y medicina. Su herida cura nuestra debilidad y nos devuelve la virginidad.



Vicariato San Alonso de Orozco
Orden de San Agustín